

Juan Luis Martínez

# El Legado del Poeta

Por Jaime Quezada

● Juan Luis (o Juan de Dios) Martínez, poeta viñamarino, ha muerto recientemente a los cincuenta años de edad. *La nueva novela* y *La poesía chilena*, sus dos únicas y singulares obras, le dieron un lugar excepcional en la literatura del país en esta última década.

CASAS que se derrumban por efecto de un terremoto, como tema de portada, y un perro guardián atado a la última página configuran uno de los más interesantes libros de poesía publicados en Chile en estas últimas décadas: *La nueva novela* (1977). Su autor, Juan Luis (o Juan de Dios) Martínez, se pasó otras tantas décadas reescribiéndolo y estructurándolo a semejanza de sus mañas y de sus magias. La obra desconcertó desde un comienzo por su título y maravilló por su contenido. Trabajo lento y paciente en la evidencia más afanosa de una autoedición deslumbradora de significaciones artesanales y literarias.

Martínez no surgió por azar en la poesía chilena de estos años setenta-noventa. Prefirió el silencio a la publicidad. El quehacer solitario, aunque nunca en soledad. Radicado en Valparaíso, Viña del Mar, Villa Alemana (por esos lugares nació, por esos lugares murió: 1942-1993), llegó a ser un erudito —sin dejar de ser un autodidacto— leyendo los cuatro mil y tantos libros de su biblioteca. El tiempo y el espacio pasaron por su memoria y por las páginas casi míticas de su obra primera y muy única. *La nueva novela* rompió toda costumbre y tratamiento usual del lenguaje. En su época ninguna editorial se atrevió a la audacia de publicarla. La encontraban original y novedosa pero nada más. El manuscrito terminó en la imprenta de un amigo y el resultado no pudo ser más noble y elogioso para un libro armónico de caracteres nada frecuentes en nuestro medio. Una nueva forma de comu-

nicación con el prójimo. O tal vez tan antigua que parece hoy recién inventada o creada. La palabra identificada más con el objeto que con el sujeto: "Los pájaros cantan en pajarístico pero los escuchan en español". No basta hablar del canto de un pájaro, sino graficar el canto de ese pájaro.

El título de *La nueva novela* puede llamar a equívoco. No se trata de una obra narrativa, aunque estructurada a la manera de una novela, con personajes y circunstancias relacionados entre sí y con muchos libros y autores a la vez. Juan Luis Martínez pareciera ser tan sólo un nombre-autor pretexto. El mismo escribe su nombre, pero luego lo tacha, lo elimina, lo borra: el sujeto desaparece, el ego no tiene cabida posible. Una obra plural escrita por muchos como en tiempos medievales. Lo perdurable pertenece al anonimato. Importa la conciencia de un oficio poético en la exigencia de un Ezra Pound, de un T. S. Eliot, de un André Breton.

Un neosurrealismo sale ahí a flote. La obra de Martínez debe entenderse como un libro poético por donde se la lea y se la mire. Escrita con el apoyo de textos sobre textos y referencias culturales y literarias, se configura un libro-imagen, un libro-objeto, un libro-visual que se lee al revés y al derecho, en su anverso y su reverso, lo que está en la página y fuera de ella. Libro para que el lector pasivo se exaspere y el activo sienta el goce de su aliento. No hay indiferencia posible. La lógica y el pensamiento puestos a prueba. Hay que sumar y dividir, resolver



Juan Luis  
Martínez

teoremas y problemas algebraicos, ordenar silogismos y figuras geométricas, dibujar en la página en blanco: "¿Cómo se representa usted la falta de pescado? Dibújelo". La inteligencia del juego en todo su esplendor. Las preguntas y las respuestas abundan a la manera de un texto didáctico, de un libro-alfabeto o un libro-silabario: dibujos, objetos, instrucciones, en fin, tareas de poesía.

Juan Luis Martínez en su *nueva novela* contribuyó a la modificación del lenguaje mismo a través de una escritura graficada: figuras geométricas, cuadros composicionales, fotografías al negativo —reiteradas fotografías de Alicia Liddell, aquella niña real por la que Lewis Carroll sintió una extraña devoción— que no ocultan su sombra-luz iluminadora. El uso, también, de todos los signos del alfabeto, aun el alfabeto de sordomudos. Además el recurso del ideograma, la analogía, el anagrama. Todo debe ser

nombrado, signado, cifrado. Instrucciones para observar las burbujas de una taza de café, famas y cronopios de un cercano Cortázar. Escritura que altera toda convencionalidad, toda dialéctica tradicional. Es el desorden de los sentidos sin perder el sentido. Un llamar la atención en la textura gráfica y en el resuelto despliegue de imaginación en papeles y objetos visuales. Un par de anzuelos metálicos, por ejemplo, adheridos a una página ictiológica: "Porque en los primeros siglos/Jessus fue Cetus, La Ballena./Y los cristianos eran los pececillos".

El autor de ese valioso, artístico y notable libro acaba de morir. Aunque el mismo Juan Luis Martínez andaba ya certificando la muerte en aquel otro desconcertante y desconocido libro llamado *La poesía chilena* (1978). Libro sin texto ni lenguaje verbal alguno, hecho más bien para desarmar, hojear y volver a armar. Puede ser el libro de

las defunciones toda vez que en sus páginas se acompañan auténticos certificados de defunción (con firma, timbre y sello del oficial civil respectivo) de una Gabriela Mistral, de un Pablo Neruda, de un Pablo de Rokha y de un Vicente Huidobro. El resto de las páginas corresponde a fichas de lectura, semejantes a las usadas en la sección chilena de nuestra Biblioteca Nacional, y que llevan adheridas sendas banderitas chilenas. Se acompaña, además, un pequeño paquete de polietileno con tierra del valle

**El mismo escribe su nombre, pero luego lo tacha, lo elimina, lo borra: el sujeto desaparece, el ego no tiene cabida posible. Una obra plural escrita por muchos como en tiempos medievales.**

central. Y todo dentro de una artesanal caja de cubierta negra. En la preparación de esta obra su autor utilizó 500 saquitos de tierra vegetal, 2 mil 500 certificados de defunción y 16 mil 500 banderitas de papel.

Más que un libro de defunciones, es un reencuentro y una revaloración con la poesía de los cuatro grandes. Un volver a leerlos desde sus raíces. Necesariamente habrá que remitirse a la lectura de *Los sonetos de la muerte* (Mistral), *Sólo la muerte* (Neruda), *Poesía funeraria* (De Rokha), *Coronación de la muerte* (Huidobro). Así, la poesía chilena está hoy difunta, certificada y muerta. No hay inmortales. Una elegía hecha de banderitas chilenas. Nada queda sino un puñado de tierra, el polvo que eres. La realidad y la muerte son más veraces en esta *Poesía chilena* compleja, reveladora y extraña. El certificado lo testimonia todo: el cáncer pulmonar, en la Mistral; la caquexia cancerosa, en Neruda; la bala buco-cervical, en De Rokha; la hemorragia meníngea, en Huidobro. La tierra, sin embargo, en ese saquito del valle central de Chile, pareciera ser la resurrección en su elemento de misterio y de prodigio. Más que una dialéctica y metafísica búsqueda de interpretaciones, el libro de Juan Luis Martínez es la sencilla Copla de un Jorge Manrique o una sentida locución latina —*ab imo pectore*— dicha desde el fondo del pecho del propio autor.

Entre *La nueva novela* y *La poesía chilena* (los géneros literarios han perdido aquí toda singularidad), Juan Luis Martínez nos ha legado esa tan excepcional y sorprendente manera de jugar a cambiar las cosas. Un par de libros escritos (en tan poca escritura) por un entonces inquietante y joven poeta chileno, que renunció, incluso, a la propiedad de su nombre, para mostrarse como un ser a la vez tímido y agresivo, borrado y anónimo.